

¿PERFIL O ROSTRO PARA EL DOCENTE?

MARTHA CECILIA ANDRADE C. Y CLARENA MUÑOZ DAGUA
Facultad de Administración y Economía
Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca
marceanca@yahoo.es, emunozd50@unicolmayor.edu.co

Artículo de Reflexión Recibido: junio 15 de 2003 Aceptado: octubre 31 de 2003

Resumen

El objetivo del ensayo es determinar el perfil del docente de hoy, planteado por las autoras como el rostro del docente. El análisis retoma el concepto de *paideia* o función social del educador, teniendo en cuenta las actuales tendencias pedagógicas y la interpretación del contexto. Desde esta perspectiva, la actividad pedagógica se identifica como una práctica cultural dialógica, consciente y reflexiva que permite al estudiante determinar cuán útil y significativo es el conocimiento. La educación se constituye así en un foro cuyos protagonistas —docentes y estudiantes— construyen mejores condiciones de vida para una sociedad que requiere de individuos capaces de comprender e interpretar el mundo desde una visión integral, crítica y comprometida con el cambio social.

Palabras clave: Perfil, rostro, *paideia*, pedagogía, docente.

Abstract

This essay seeks to determine the profile of today's professors, considered by the authors to be the professor's face. The analysis takes up again the concept of *paideia*, or educator's social function, with consideration to pedagogic theories and context interpretation. From this perspective, pedagogic activity is considered a dialogic cultural practice, conscious and reflexive, which allows the student to determine how useful and significant knowledge is. Thus, education becomes a forum whose protagonists —teachers and students— construct better life conditions for a society that calls for individuals capable of understanding and interpreting the world from an integral, critical vision that is committed to social change.

Key words: Profile, face, *paideia*, pedagogy, professor.

y la noción de pedagogo, aplicada a quien ejerce ese acto que le es propio de orientar y conducir a otros individuos.

Para los griegos, el pedagogo o conductor era un esclavo y la *paideia* era un conjunto de actividades que los hombres libres podían realizar. De esta manera, ellos en la Palestra contigua al Foro, educaban a los niños en la gramática de la lengua griega, música, lucha y gimnasia: «(...) estas actividades de la Palestra fueron consideradas por los griegos actividades de la crianza, de protección y de cuidados dados a los niños por sus maestros y tutores (...) Paideia eran todas aquellas acciones provistas de un sentido político, de conocimiento y de cultura que llevaban a favorecer la ciudad, los hombres libres y a la propia Grecia. La Paideia sólo era llevada a cabo, y completada por hombres libres y cultos, los moralistas, los filósofos, los sofistas, los sacerdotes, los políticos» (Jaeger, 1985: 6). Sólo cuando los niños fueran adultos y libres podían estar en *paideia* porque únicamente los hombres en su libertad podían amar, según los griegos, el saber, el conocimiento, la ciencia y la filosofía.

A partir de este referente histórico, se puede observar entonces que, actualmente, el maestro construye y reconstruye la *paideia* desde su quehacer diario en el aula de clases. Vale la pena destacar que *paideia* o educación, en palabras de Werner Jaeger, se entiende como «el principio mediante el cual la comunidad humana conserva y transmite su peculiaridad física y espiritual» (1985: 6). Sin embargo, Hugo Zemelman va más allá cuando considera que la educación en la actualidad no sólo debe transmitir la peculiaridad sino atender como mínimo a cuatro aspectos que hacen parte de su naturaleza: las relaciones complejas que se establecen entre los saberes; su especificidad; el momento histórico; y la praxis, esto es, el uso social del conocimiento (2002: 2). En consecuencia, las transformaciones sociales, las exigencias del contexto, los cambios tecnológicos y los avances de la ciencia le exigen cada vez más al docente no un perfil sino un rostro fundado en su ser, saber y quehacer que se adecue a características específicas que están determinadas por condiciones académicas, sociales, afectivas, cognitivas, entre otras, de los miembros de una comunidad.

En este sentido, podría decirse que, en términos generales, el rostro del maestro asume nuevos rasgos, indicios, señales, características que inciden en su práctica académica. Luego el legado de los griegos con la *paideia* está, fundamentalmente, en su sentido humanista, el cual debe prevalecer en el escenario educativo en el rostro del docente, instaurado de manera holística como volumen, cuerpo material, contenido y espacio, es decir, sujeto, saber, historia y contexto. Sólo una educación pensada desde la dimensión humanística permitiría construir una educación significativa que conduzca a la libertad mediante la crítica. Bien lo manifiesta Henry

una formación profesional dentro de un ambiente académico interdisciplinario y de trabajo en equipo que propicie el diálogo permanente entre los actores del proceso educativo.

En relación con el qué-hacer, el docente debe posibilitar la aplicación de estrategias cognitivas, a partir del uso responsable y eficiente de las teorías, conceptos y tecnologías que respondan a las exigencias del contexto sociocultural y a los avances científicos. De igual manera, debe incentivar la iniciativa y la creatividad como factores indispensables para interpretar la realidad y participar en la resolución de problemas referentes a la profesión.

En su relación con el estudiante, es preciso estimular la participación activa de éste en los procesos sociales, con el fin de potenciar una interacción individual y colectiva que le permita ser mediador con sentido crítico y de transformación frente a la sociedad y sus múltiples situaciones. En esta perspectiva, el papel del estudiante en el proceso democrático de la educación es participativo y protagónico, sin que el docente sea desplazado en su función. Los roles maestro-alumno, a la vez que son diferentes, poseen varios elementos comunes que les confieren cierta semejanza: tanto el profesor como el estudiante deben ser iniciadores, receptores, interactores, observadores y evaluadores. Los roles de ambos son solamente medios que activan y enriquecen el proceso educativo.

En consecuencia, el rostro actual del docente depende, en primer lugar, de la imagen integral que proyecte, su ser maestro. Al respecto se precisan dos puntos de vista desde los cuales se puede analizar el magisterio como profesión: «El primero está centrado en las rupturas o incoherencias que esa imagen presentó en su relación con la realidad social y con la práctica docente, y el segundo en los conflictos que se generan entre dos grandes avenidas de influencia en la formación del profesor: la orientación pedagógica y la definición de una función social del maestro como formador de ciudadanos. Dentro de este contexto se insertan la situación y las opiniones de los docentes sobre la capacitación, su eficiencia, utilidad y formas como desean recibirlas» (Parra Sandoval, 1996: 480).

En segunda instancia, para que el maestro asuma su profesión y manifieste el ser, saber y el hacer que lo identifican y, en consecuencia, fortalezca su imagen social, necesita que se reencuentre con su función de formador de personas libres y creativas dispuestas a trabajar por condiciones de vida mejores, en el sentido humanista de la *paideia* griega.

En tercer lugar, el rostro del docente requiere de un sujeto con un saber pedagógico que sea capaz de integrar la realidad a su disciplina específica y establecer relaciones

dos modelos anteriores y se destaca la importancia del proceso de transformación de la persona y de las comunidades. El docente se convierte en un educador-educando que interactúa con un educando-educador, lo cual significa que «nadie educa a nadie, nadie se educa solo, sino que los hombres se educan entre sí mediatizados por el mundo» (Freire, 1985). Esta posición contrasta con los planteamientos de Touraine, anteriormente señalados, cuando se refiere al espíritu solidario de la educación, a partir de la capacidad de comunicación que deben tener los individuos constituidos en el ámbito escolar en ciudadanos, sujetos políticos que construyen, con el respeto a la diferencia, su propio proyecto de vida, en un espacio de diálogo entre el mundo económico globalizado y el mundo cultural fragmentado.

Hoy, a la luz de la flexibilidad curricular y la movilidad educativa, se pueden cruzar los matices del tercer modelo en un nuevo maestro que exige tener no un perfil sino un rostro, fundado en lo humano, conciente de una historia, unos procesos, unos problemas y una exigencia contemporánea. Un maestro asentado en su ser como docente formador, guía, tutor, acompañante e incitador, a quien el saber le permita un quehacer integral, fundamentado en la producción de aprendizajes significativos en sus estudiantes y en una investigación crítica que ennoblezca el diálogo constructivo y la iniciativa humana. Una práctica así deberá incidir en una comprensión e interpretación autónoma de la realidad, centrada en el aprender a aprender y en estrategias metacognitivas que sean un soporte para el desarrollo de competencias y procesos de pensamiento que permitan una formación integral en la persona.

Si se asume una respuesta a los retos sociales y culturales, es de esperar que la docencia y el rostro del docente alcancen su objetivo de proyectarse en este tercer milenio con innovaciones pedagógicas que optimicen la interacción maestro-estudiante y, por ende, la educación. Y, precisamente, esta acción de avizorar el momento histórico y atender sus desafíos es un requisito *sine qua non* para este nuevo rostro del docente, que no se preocupe demasiado por los contenidos o temáticas aisladas, sino que le interese la ubicación del estudiante en su contexto y lo estimule para establecer una relación dialógica con el conocimiento, sus congéneres y su realidad, con el objetivo de desarrollar sus potencialidades intelectuales y su conciencia social en pro del ciudadano ideal. En este mismo sentido, Giroux afirma que «las escuelas se han de ver como las esferas públicas democráticas dedicadas a potenciar a la persona y a la sociedad» (Giroux, 1992).

Dotado de características como ser un humano integral, un formador de personas libres, un profesional con saber pedagógico y un sujeto histórico social, este nuevo docente, con el rostro descubierto, deberá dar prioridad al análisis e interpretación

